

Colección *LEYENDAS*

Estás en tu derecho de no creerme, incluso de estar pensando ahora mismo que todo lo que cuento aquí nunca pasó, que son leyendas urbanas, relatos improbables que circulan de boca en boca. Sin embargo, dudo que te animes a traspasar el umbral de las antiguas puertas del Pasaje Victoria donde dicen que habita el gigante de Balvanera, o a rezar en la Iglesia de Barracas algún 30 de enero en que se aparece el fantasma de Felicitas, y sospecho que por nada del mundo aceptarías mudarte a la casona de la calle Italia, en Castelar. Por las dudas. Porque quién sabe. Porque las brujas (¿los demonios, los espectros, los espíritus oscuros?) no existen, pero dicen —¡siempre dicen!— que las hay, las hay.

Información sobre la autora y el ilustrador



SOL SILVESTRE es Licenciada y Profesora en Letras. Trabaja como docente e investigadora en la Universidad de Buenos Aires y también escribe material didáctico para distintas editoriales educativas. Su gran pasión, sin embargo, es escribir para los chicos. Ha obtenido premios en concursos literarios nacionales e internacionales y ha publicado novelas, cuentos y poesías en distintas editoriales infantiles. Algunas de sus obras son *Puras mentiras*; *Héroes modernos*; *Brujería en la escuela*; *Cuéntame, América* y *Misterio en el campanario*.



LUIS MARCELO MORAIS colabora desde hace más de 10 años en diferentes editoriales de Argentina, México y España. Ha ilustrado cuentos infantiles y juveniles, tapas de libros y revistas. Además, ha trabajado en cine animado nacional e internacional y agencias de videojuegos.

Sugerencias para el docente

Antes de leer

Conversar con los alumnos sobre:

- las características de las leyendas urbanas;
- las semejanzas y las diferencias que existen entre las leyendas tradicionales y las leyendas urbanas;
- las leyendas urbanas que hayan escuchado en su barrio o ciudad.

Lectura oral

Leer en voz alta "La mancha en el vestido" que pertenece al libro *El gigante de Balvanera y otras leyendas urbanas* que se reproduce a continuación.

Después de leer

PRODUCCIÓN ORAL. Proponer la representación teatral de algunos momentos de la leyenda. Para eso, pedirles a los alumnos que se dividan en grupos y elijan el momento que les haya resultado más atractivo. Luego, entre todos deberán decidir cuáles serán los parlamentos, de acuerdo al contenido del pasaje que hayan seleccionado. Algunos diálogos estarán disponibles y otros deberán inventarlos a partir de lo que pueden inferir de la lectura del texto.

Si los integrantes del grupo superan a los actores necesarios, recordarles que algunos deberán encargarse de las siguientes tareas: director, maquillador, vestuarista o iluminador.

PRODUCCIÓN ESCRITA. Proponer la resolución de las actividades de la página 40. Estas fueron pensadas a partir de los contenidos curriculares sugeridos para sexto grado.

Otros títulos recomendados



La mancha en el vestido

A don Hugo le encanta contar historias de miedo. A veces son películas, yo sé. O libros que leyó, como Frankenstein. Pero mis favoritas son las otras, las que pasaron de verdad, en mi pueblo. Mamá dice que no hay que creerle demasiado, porque don Hugo se deja llevar por lo que está contando: repite exactamente lo que dijeron y sabe lo que piensa y lo que siente cada una de las personas que nombra. Y eso, dice mamá, solo pasa en literatura.

Como sea, la versión que don Hugo nos contó aquel día, en el club, sobre la vieja Charo es ¡¡lejos!!— la mejor historia que yo haya escuchado jamás. Será porque la veo a ella, cada tanto, paseándose por el pueblo con la mirada perdida, como buscando algo que no se ve a simple vista. O será porque me gustan las historias de fantasmas pero más, mucho más, las que pasaron de verdad. Desde que don Hugo nos contó la historia, sabemos que Charo no se volvió loca en aquel carnaval, como dicen todos, cuando pasó lo que pasó con Leti, que era en ese entonces la única hija que le quedaba.

—¡Pero no! ¡jura y perjura don Hugo—. Charo se volvió loca recién al año siguiente, cuando vinieron esos muchachos desde Giles o San Vicente (no me acuerdo bien) a una matiné que se organizó acá en el club.

Mi mamá se acuerda de ese día. Se acuerda incluso de Joaquín, que es el que inventó toda esa historia ridícula con Leti. Bueno, mamá dice (como el resto) que la inventó. Pero don Hugo piensa distinto: —¡Mirá si el pibe iba a inventarse todo eso! A mí, la verdad, no me parece. ¿Si no cómo se explica lo de la campera? Y peor, ¿lo de la mancha?

Si hubiera inventado la historia no habría podido dejar señales tan contundentes, como fueron esas dos. Y al pibe se lo veía, además, muy enamorado. ¿Cómo no, si Leticia era una muñeca? Igual que su madre cuando era joven: Charo nos tenía a todos medio embobados. Es en serio, no se rían. Ahora la ven así, vieja y loca, andando como una vagabunda y sin mirar a nadie. ¡Ah, pero era de linda!

La cosa es que este joven, Joaquín, le dijo a todo el mundo que en esa matiné conoció al amor de su vida. Pensaba, también, que Leti lo correspondía y no dudó en asegurar que era su novio. ¡Su novio! Contó tan minuciosamente todo, dio detalles tan personales, que no les creo a esos que dicen no haber dudado ni un minuto. Cómo no van a dudar: el muchacho sabía cosas íntimas de la familia, de esas que vos decís: “¿y cómo se va a enterar, de otra forma?”. Sabía, por ejemplo, que Charo y Leti estaban solas desde hacía seis años. Del incendio en la fábrica, donde murió el padre. Del accidente fatal de los abuelos, una semana después. De esa terrible enfermedad, la tifoidea, que se llevó a la hermanita de Leti al otro mundo. ¡Ay, qué triste que fue aquello! Cómo olvidar el cajoncito blanco y a las dos llorando, abrazadas, encorvadas de tanta tragedia ya sobre sus espaldas.

Sabía también que a Leti le gustaba Rick Springfield y que soñaba



con ver a Miguel Abuelo, en un recital en vivo. Y también contó que se besaron bajo la parra, en el patio de acá atrás, frente a la canchita.

Que estuvieron tomados de las manos mientras miraban el cielo, estrellado y azul. Que ella le dijo, incluso, que hacía tiempo que no se sentía así, tan enamorada y tan viva. Y él también: ¡él también se había enamorado así, de repente y a primera vista! Porque era la chica más hermosa del universo entero y podría haberse quedado hablando con ella para siempre, con tal de que el tiempo no pasara y no tuvieran que separarse nunca más. Leti, Leti, Leti, nada más que Leti era el mundo aquella noche, para él.

Según parece, después, salieron del club y caminaron alrededor de la plaza. Y, sentados bajo el ceibo, se besaron otra vez. Y antes de la medianoche, caminaron por la calle 3, hasta la confitería. Y tomaron un helado: de chocolate, ella; de frutilla, él. Y absortos como estaban, mirándose a los ojos, ella se manchó el vestido.

Era blanco, el vestido. De brocado francés. Charo había comprado la tela al poco tiempo de casarse en Gath y Chaves, una tienda grande de Buenos Aires. Y la había olvidado en el armario, hasta aquel verano maldito en que Leti la encontró, justo cuando faltaban tres días para la comparsa.

--¡Me encanta, ma! Quiero un vestido –cuenta Charo que le dijo Leti y ella en una noche, nomás, se lo cosió. Lo hizo corto, como se usaba, por encima de las rodillas, y le agregó un lazo lila que se cruzaba por delante de la cintura y se ataba atrás.

Don Hugo hizo una pausa y a partir de entonces la historia empezó a tener otro ritmo, como si ya nadie la estuviera contando y una voz en off nos hipnotizara para llevarnos allá. Al momento preciso en que Leti le contaba a Joaquín de aquel horrible carnaval que había terminado mal. De cómo se había suspendido la comparsa y entonces recién ahora, un año después, ella estaba estrenando aquel vestido. Y qué pena tan grande mancharlo de esta forma.

Mientras la escuchaba hablar, Joaquín miraba sus dedos finos envueltos en la servilleta, que no dejaban de frotar la mancha aunque era obvio que de nada servía: los hilos plateados que iban subiendo como raíces por el escote se veían como a través de un vidrio esmerilado de color chocolate.

La mano de él, entonces, cubrió la de ella. Con cuidado, se deshizo de la servilleta y le besó la punta de los dedos que sabían a helado. Joaquín no sabe durante cuánto tiempo se vieron en silencio pero recuerda sus ojos tan azules, el rimel transparente que levantaba sus pestañas finas. Y las cejas enarcándose hacia arriba dos segundos antes de reír. Y después los dientes blancos y el hoyuelo y la arruga en la nariz: ¡Tenía tantas formas su sonrisa!

Era ya de madrugada cuando empezaron a caminar, abrazados, hacia la calle 12. Una brisa fría les seguía los pasos y Joaquín la sintió temblar. Fue entonces cuando se quitó la campera.

Ella la aceptó sin ponérsela, acurrucándose en el cuero, con las mangas cruzadas sobre el pecho. Le dijo “gracias” bajito, casi en un susurro, y se dejó besar, otra vez, por él. Y en la esquina de la calle 12, se abrazaron como si supieran que aquella iba a ser la última vez. Joaquín la vio entrar por la puerta blanca (porque Charo entonces mantenía la casa y pintaba las aberturas cada año). Pensó que Leti



iba a saludarlo desde el umbral, que iba a voltearse para verlo, pero en cambio cerró la puerta deprisa. Joaquín sintió un escalofrío y recién entonces se dio cuenta de que ella se había quedado con su campera. No le importó: no habían hablado de volver a verse y aquella sería una perfecta excusa para poder hacerlo.

Así que el sábado siguiente, volvió al pueblo. Se bajó del colectivo, en la ruta, y pasó por la puerta del cuartel de bomberos. Por la gomería y por el polirubro. Por el cementerio y la florería de los Gamíndez. Y llegó a la plaza. Parado junto al ceibo, miró la iglesia, la escuela 6 y a la izquierda, el club. Caminó hasta la calle 3 y más allá vio el toldo de la confitería. Suspiró aliviado: recordaba perfectamente el camino. El corazón se le aceleró cuando pasó por la esquina donde se habían abrazado. Joaquín dudó un momento antes de decidirse a tocar la puerta blanca.

Lo hizo tímidamente la primera vez. Nadie respondió y entonces golpeó un poco más fuerte. Estaba por irse cuando sintió unas llaves en la cerradura.

Lo atendió una mujer cuyo rostro se parecía al de la chica que amaba. Los ojos azules, la nariz apenas en punta, las cejas gruesas y las pestañas finas. Dos o tres arrugas junto a los ojos y otras perpendiculares a los labios le contaron su edad.

Se apuró a presentarse para espantar los nervios:

–Usted debe ser la mamá de Leti. Mucho gusto, soy Joaquín –y estiró la mano con la intención de estrechar la de ella, pero Charo se mantuvo inmóvil, con los brazos en cruz y mirándolo fijo.

El silencio fue incómodo y Joaquín lo intentó de nuevo:

–Nos conocimos la semana pasada, en la fiesta del club. Yo la acompañé hasta acá y ella se quedó con mi campera; una negra, de cuero. Porque empezó a hacer frío a la madrugada y Leti no traía abrigo.

La mujer seguía mirándolo, en silencio. Así que, al final, Joaquín solo dijo: –¿Está Leti?

Los ojos azules entonces se humedecieron. Por un momento Joaquín pensó que la mujer iba a hablarle porque sus labios se despegaron un instante, pero en cambio soltó un suspiro.

–Señora, ¿se encuentra bien? –lo dijo justo un momento antes de que Charo se desplomara, en sus brazos.

¿Cómo se sentirá el horror cuando te atraviesa por dentro? ¿Qué es lo que exactamente habrá sentido Charo? ¿Y Joaquín?

Porque al entrar con la mujer a cuestras, hasta la cocina, todavía esperaba encontrarla. Gritó su nombre, incluso, con la esperanza de que saliera de alguna habitación. Pero Leti no estaba, ¡no estaba!

–Mi hija murió –dijo Charo, por fin, reincorporándose un poco–. Murió el carnaval pasado. Estaban colocando las luces en la pileta del club, para la fiesta que habría después de la comparsa. Yo estaba en una reposerá, justo al lado. La vi subiendo las escaleras. La vi parada en la punta del trampolín. La vi saltar. No sé si llegué a darme cuenta de lo inevitable; de sus dedos mojados tocando el cable.

La cabeza de Joaquín comenzó a moverse de lado a lado.

Retrocedió un paso, dos, tres. Como si aquella mujer estuviera apuntándole al medio del corazón con un arma letal. No era del todo equívoca la sensación: las palabras, a veces, pueden herir a muerte.



Y lo negó, lo negó a los gritos. Porque él había estado con ella (¡de verdad!) hacía solo una semana. Y se habían besado bajo la parra y junto al ceibo y en la confitería y en la esquina de la calle 12. Y lo podía probar porque hablaron de todo: porque él sabía cómo había muerto su padre y sus abuelos y su hermana menor. Y ella le había contado también del vestido, de la tela comprada en Gath y Chaves y estaba tan apenada cuando se manchó.

Charo levantó la cabeza que hasta entonces estaba hundida entre las manos. Caminó hacia la repisa que estaba frente a ellos y sacó del tercer estante un paquete mediano. Era el vestido blanco, de brocado francés, con su lazo lila.

¿Habrán sentido los dos algún consuelo, por estar parados uno junto al otro al enfrentarse a aquello? ¿Al ver los hilos plateados, que iban subiendo como raíces por el escote, como a través de un vidrio esmerilado de color chocolate? Porque, sí: el vestido que Leti no había llegado a estrenar, inexplicablemente ¡estaba manchado!

Pero faltaba todavía la segunda señal. Y Joaquín la encontró de camino a casa. Pasó por la esquina donde se abrazaron. Tomó la calle 3 que lo llevó a la plaza. El club, la escuela 6, la iglesia, el Ceibo y otra vez la ruta. La florería de los Gamíndez y el cementerio. En el portal, colgando de un extremo de la reja, estaba su campera.

Y dice don Hugo que recién entonces Charo se volvió realmente loca. Que apenas se fue el muchacho cerró las persianas de su casa y ya nunca más las volvió a abrir. Y que si a veces la vemos caminando así, como perdida, por el pueblo es porque está buscando. No solo a

Leti, también a su marido y a sus padres y a su hijita menor.
¿Cómo dejar de buscar, cuando se sabe que nuestros muertos recuerdan el camino para volver a casa?



Actividades

1 **Escribí** un adjetivo calificativo para cada uno de los siguientes personajes de la leyenda.

Don Hugo: Charo:

Narradora: Leti:

Mamá de la narradora: Joaquín:

2 **Indicá** si las siguientes acciones son principales (**P**) o secundarias (**S**).

- | | |
|--|--|
| <input type="checkbox"/> Don Hugo cuenta la historia de Charo. | <input type="checkbox"/> Joaquín sabe cosas íntimas de la familia de Leti. |
| <input type="checkbox"/> Leti se mancha el vestido con helado. | <input type="checkbox"/> Leti no llega a estrenar el vestido en el carnaval. |
| <input type="checkbox"/> Joaquín y Leti caminan alrededor de la plaza. | <input type="checkbox"/> Joaquín encuentra su campera colgando de la reja del portal del cementerio. |
| <input type="checkbox"/> Joaquín le presta su campera a Leti. | <input type="checkbox"/> Charo camina hacia la repisa principal. |
| <input type="checkbox"/> Leti sonríe alegremente. | |

3 **Marcá** con una X las opciones correctas.

JOAQUÍN CONOCE A LETI...

- en la fiesta de carnaval.
- en una matiné del club.
- en la escuela.

DESPUÉS DE ESCUCHAR A JOAQUÍN, CHARO...

- se volvió realmente loca.
- corrió al cementerio.
- se fue a dormir.

4 **Escribí** oraciones que se relacionen con la leyenda y que contengan los tipos de sujeto y predicado que se indican.

.....
(S.E.S + P.V.S.)

.....
(S.E.C. + P.V.S.)

.....
(S.E.S. + P.V.C.)

5 **Respondé** las siguientes preguntas.

a. ¿Por qué la mamá de la narradora no cree en lo que cuenta don Hugo?

.....

b. ¿Por qué la narradora dice que la historia que le conto don Hugo es la mejor de todas las que ha escuchado?
¿Qué características la hacen tan interesante?

.....

c. ¿Cuáles son las dos señales que, según don Hugo, dan credibilidad al relato de Joaquín?

.....

.....